

pudo haber sido el del disco, por cuanto ese color es el que más se relaciona con la sonoridad deseada por Juan Antonio Sánchez. No es, por lo tanto, extraño que la carátula del disco también recurra a los grises y sepias. “Local 47” es un nombre misterioso aún para el propio autor, en cuyo manuscrito simbólicamente dirigido a su madre –inserto en la carátula– le pregunta “¿quién te tomó esa foto? ¿cuándo? ¿qué era el local 47”?

El resto de la información que se acompaña es expresamente desordenada y un poco escrita en un código más entendible para los amigos y el equipo productor de esta grabación que para el público en general.

Buen aporte de un músico emergente que ya empieza a ocupar un lugar importante en la escena musical chilena.

Oscar Ohlsen
Instituto de Música
Pontificia Universidad Católica de Chile

Música chilena del siglo XX

Volumen VII y VIII

Asociación Nacional de Compositores, Chile (ANC).

Volumen VII

Roberto Falabella: *Estudios Emocionales* (1957) / René Amengual: *Sonatina* (1939) / Federico Heinlein: *Concertante para oboe, fagot y orquesta de cuerdas* (1976) / Enrique Soro: *Danza Fantástica* (1905) / Darwin Vargas: *Obertura para tiempos de adviento* (1958) / Samuel Negrete: *Sendero* (ca. 1935)

/ Alfonso Letelier: *Preludios Vegetales op. 36* (1968) / Marcelo Morel: *Grotesca* (ca. 1959). / Próspero Bisquertt: *Procesión del Cristo de mayo* (1931).

Volumen VIII.

Alfonso Leng: *Preludios N° 1 y N° 2* (1905-06) / Angel Hurtado: *Trío* (1960) / Fré Focke: *Sinfonietta N° 5a* (1947) / Domingo Santa Cruz: *Preludios Dramáticos op. 23* (1946) / Pedro Núñez Navarrete: *Divertimento* (1984) / Jorge Urrutia Blondel: *Pastoral de Alhué op. 27* (1937) / Pedro Humberto Allende: *La voz de las calles* (1920) / Pablo Garrido: *Tres danzas del ballet Adán y Eva* (1952). ANC-6003-7, ANC-6003-8 DDD. Abril de 2001. Tiempo total 75' 40" y 74:55



Gabriel Matthey, gestor de esta idea y quien editó el primer volumen de la colección en 1996, dice en la introducción a este CD doble: "Con los presentes volúmenes concluye la colección de ocho fonogramas que conforman la antología de música chilena del siglo XX, realizada por la Asociación Nacional de Compositores de Chile (ANC). Se trata de un valioso material que reúne a setenta y ocho compositores, cuyo principal objetivo es

entregar a la comunidad una muestra de la gran variedad de música creada durante cien años. Comprende un espectro muy amplio, de diversas combinaciones instrumentales, pensamientos composicionales y tendencias estéticas".

Ciertamente esta ha sido una notable e importante idea que se ha concretado con la presente publicación. Sin embargo, llama la atención el que bajo el concepto general de edición de esta muestra de música chilena, se filtre la idea de antología. En efecto, la selección de obras tanto en los presentes volúmenes como en los anteriores no parece obedecer a un criterio antológico, si no más bien a una recopilación un poco arbitraria y dependiente de las circunstancias y, cuyo resultado impide al auditor interesado a formarse una idea global de la creación musical chilena del siglo XX.

Curiosamente, este último doble CD de la colección nos presenta como la obra más reciente la de Núñez Navarrete, *Divertimento* de 1984 (quinto lugar del segundo disco) y como la más antigua, la de Enrique Soro, *Danza Fantástica* de 1905 (cuarto lugar del primer disco). Entre ellas no parece haber pasado mucho tiempo y tampoco se manifiesta la eventual evolución del lenguaje de la música chilena que debió haber ocurrido en el lapso de significativos ochenta años. Este hecho revela que quien se enfrente a esta publicación de una manera poco atenta se puede formar una muy falsa idea de lo que ha sido efectivamente la música chilena a lo largo del siglo XX.

Para terminar con este comentario general, debo decir que es notoria la imposibilidad de los encargados del proyecto de acceder a las obras más importantes de cada compositor, debiendo atenerse a las circunstancias técnicas y disponibilidad de las grabaciones para realizar

una efectiva selección, lo que en cierta manera justifica el aparente error de intentar una antología y haber terminado entregando una equitativa pero muy irregular muestra de la creación musical de los compositores chilenos durante el siglo XX.

El volumen VII se inicia con *Estudios Emocionales* de Roberto Falabella. Lamentablemente, las condiciones técnicas de la grabación (excesiva saturación al inicio) no permiten apreciar plenamente una obra interesantísima y que desde su año de creación (1957) no ha perdido su frescura y vigencia.

Creo que es una de las obras chilenas que mejor recoge material folclórico (Fiesta de La Tirana) y lo transfigura de un modo tal que logra un nuevo sonido a partir de las melodías originales. Sin duda, Falabella es uno de los más importantes compositores de la historia musical chilena.

Sonatina de René Amengual nos devuelve a 1939 y refleja la influencia del pianismo reinante en la época con fuertes componentes neoclásicos e impresionistas lo que revela su condición de alumno de Pedro Humberto Allende.

Otro ejemplo del neoclasicismo que dominó la escena compositiva nacional por largos años y que aún se prolonga en la figura del Juan Orrego-Salas, es el trabajo de Federico Heinlein *Concertante para oboe, fagot y orquesta de cuerdas* de 1976. Obra que raya en lo caricaturesco de los instrumentos solistas y que presenta una constante irregularidad e innecesaria discontinuidad.

La obra de Enrique Soro la cual mencionamos al comienzo, es un trabajo para orquesta al más puro estilo convencional de fines del siglo XIX. Clara es la influencia de Saint-Saëns a quien conoció durante su exitosa carrera como

pianista en la Europa de comienzos del siglo XX. El sonido, por razones obvias, es precario y un poco saturado.

Darwin Vargas es otro compositor neoclásico que, más cercano a Hindemith que a Stravinsky, nos presenta su *Obertura para tiempos de Adviento* de 1958. Nuevamente la calidad de la grabación atenta contra una buena apreciación de la obra la cual es un buen ejemplo de la conducta compositiva de este compositor de Talagante.

Samuel Negrete, compositor desconocido para la gran mayoría de los músicos chilenos, nos entrega *Sendero* de 1935. Una vez más, el pianismo de la época se manifiesta claramente. Más que la obra en sí, llama la atención el sonido de la grabación (una de las pocas realizadas recientemente y muy bien lograda por Patricia Rodríguez).

Preludios Vegetales, op. 36 para orquesta es un muy buen ejemplo de la música de Alfonso Letelier quien desde una perspectiva neoclásica como la mayoría de los compositores nacidos en la primera mitad del siglo XX, se aventura en las técnicas dodecafónicas (las que respeta parcialmente) y logra, gracias a su gran intuición y sentido musical, escapar del academicismo que domina gran parte de las obras chilenas dodecafónicas. Aquí, con los *Preludios Vegetales* de Letelier, el auditor asiste a un discurso suelto, casi rapsódico muchas veces debussyano, pocas veces schoenbergiano, que atrae y envuelve con su variedad sonora.

De Marcelo Morel, este CD nos presenta *Grotesca*, compuesta presumiblemente alrededor de 1959 cuya versión original era para piano. La orquestación, claramente neoclásica, es débil y tiende a fragmentar en demasía el discurso que busca fundir diversas ideas musicales de tres compositores chilenos contemporáneos de Morel.

Finalmente, se cierra este primer volumen con Próspero Bisquertt y su *Procesión del Cristo de mayo* de 1931. Como es de esperar, las influencias de Debussy y Ravel son notorias. El modo de tratar la orquesta y el sentido melódico extendido buscando más el color armónico que un tejido contrapuntístico, revelan las influencias sobre este importante compositor nacional, quien demuestra su oficio y talento musical.

Antes de abordar el contenido del segundo volumen, quisiera referirme al importante rol que desempeñaba la Orquesta Sinfónica de Chile bajo la dirección de diversos músicos entre los cuales hay que destacar la figura de Víctor Tevah. La dedicación y respeto que esta agrupación musical demostró en sus primeros cuarenta años de vida se refleja en toda esta producción fonográfica dando cuenta de la importancia que tiene el hecho de que una orquesta nacional estudie, prepare adecuadamente y estrene las obras de los compositores chilenos. Hoy por hoy, le es muy difícil a un compositor nacional acceder a la ejecución de algunas de sus obras sinfónicas. Lamentablemente, el espíritu y visión que dieron origen a la Orquesta Sinfónica de Chile se han desvanecido en el tiempo y ahogado en el mar de consideraciones comerciales por sobre las culturales en la programación de sus actuales temporadas de concierto.

Los *Preludios N° 1 y N° 2* de Alfonso Leng reflejan la influencia wagneriana en la música chilena de comienzos de siglo. Siempre extendida y de tempo bastante lento, esta música caracterizará la creación musical chilena de la primera mitad del siglo XX. Tal como ocurre en los presentes preludios de Leng, escasos son los momentos vivos y movidos, los llamados *allegro* y *presto*, predominando un carácter pesado, sobrecargado de expresionismo romántico alargado a ultranza.

De Angel Hurtado, tan desconocido como Samuel Negrete, se presenta su *Trio* compuesto alrededor de 1960 el que sin escapar de las características de la música chilena a que hacía mención más arriba, explora en las nuevas técnicas dodecafónicas acercándose a sonoridades bergianas atrapadas en momentos neoclásicos bastante académicos y rígidos.

Fré Focke, compositor holandés que vivió en Chile entre 1946 y 1957 y que inició en las técnicas schoenbergianas a una gran cantidad de compositores chilenos, forma parte importante de la historia musical chilena. La *Sinfonietta N° 5* de 1947 da cuenta de su origen europeo y la clara influencia que la Escuela de Viena tuvo sobre su música. Lamentablemente, las condiciones sonoras de la grabación no permiten una clara apreciación del notable trabajo orquestal de Focke que para la época era significativamente novedoso.

Domingo Santa Cruz es, sin duda, el padre de la actual institucionalidad musical chilena al fundar las más importantes entidades dedicadas a la formación y difusión de la música nacional.

Con tal influencia, resulta inevitable que sus tendencias musicales fueran las reinantes en el ámbito estético nacional. A varias de las características anotadas en torno a Leng, Santa Cruz con su herencia wagneriana agrega el reinado del neoclasicismo de origen claramente hindemithiano y contrapuntístico, producto de la figura paradigmática de J. S. Bach a quien Santa Cruz le tenía una admiración fervorosa. Los *Preludios Dramáticos, op. 23* de 1946 son, tal vez, la obra más representativa de la estética santacruziana y, por ende, de la música chilena de la primera mitad del siglo XX.

El *Divertimento* de Pedro Núñez Navarrete, como decía al inicio de este comentario, además de ser la obra más reciente (1984) de todo el fonograma, logra contrastar con el resto no por su estética sino más bien por su ocasional carácter alegre y movido (muy de

acuerdo al título) que escapa ligeramente de la pesantez de la música nacional. Claramente perceptible son las melodías de origen más popular que Núñez Navarrete relaciona a través de un neoclasicismo bastante más suelto que el de muchos de sus contemporáneos chilenos.

Las dos obras siguientes *Pastoral de Alhué* (homenaje a Ravel) y *La voz de las calles* pertenecen a la estética nacionalista en la cual Pedro Humberto Allende es ubicado como iniciador de esta corriente en Chile. Fiel a este movimiento, Jorge Urrutia Blondel conocedor de las tradiciones campesinas, dedica su obra al pueblo de Alhué y de paso homenajea a Maurice Ravel, fallecido el mismo año de composición de la obra de Urrutia (1937), dando cuenta del respeto que los compositores chilenos tenían por los impresionistas franceses. El mismo Pedro Humberto Allende intentó un contacto más cercano con Debussy quien, al conocer algunas de sus obras, dijo palabras de elogio para el chileno. El poema sinfónico, *La voz de las calles* se basa en cantos y pregones de la ciudad chilena de la época. Lejos de hacer una descripción pintoresca, construye un arco dramático que recuerda a ratos la estética wagneriana por sobre los rasgos impresionistas que muchos ven en esta obra y que efectivamente los tiene.

Se cierra esta colección con Pablo Garrido, compositor fuertemente influenciado por la música popular y el jazz, y quien no pudo escapar del influjo de Stravinsky y el neoclasicismo de su *Historia del Soldado*. Es así como las *Tres Danzas del ballet Adán y Eva* de 1952 reflejan claramente sus modelos con importante presencia de los instrumentos de percusión, el ritmo, el uso de la orquesta con timbres puros e intenciones descriptivas, innecesarias a esas alturas del siglo XX.

Alejandro Guarello
Instituto de Música
Pontificia Universidad Católica de Chile